

### UNA DISTINTA APROXIMACIÓN A «LA INFORMATIZACIÓN DE LA SOCIEDAD»

FRANCISCO ORTIZ CHAPARRO

**Olegario González de Cardedal: *Memorial para un educador, con un Epílogo para japoneses*. Madrid, Narcea, S. A. de Ediciones, 1981.**

La crisis de los recursos materiales de nuestro planeta, en relación con las realidades y perspectivas demográficas y ecológicas; la evolución de la tecnología, fundamentalmente en el campo de las telecomunicaciones y los ordenadores; la evidente crisis de muchas instituciones y sistemas sociales; todo ello catalizado por la proximidad del año 2000, han originado en la última década la aparición de un número considerable de obras de distinta entidad (pensamiento, análisis y prospectiva, anticipación, ficción incluso) y talante {optimista, pesimista}, que se inscriben bajo el común denominador de acercarse a tales problemas en su aspecto material y desde la dimensión natural del hombre.

Ahora acaba de aparecer, sin embargo, una aproximación al tema *desde otro ángulo*, por parte de Olegario G. de Cardedal, teólogo, pensador y escritor prolífico, catedrático de la Universidad de Salamanca, quien expone su reflexiones en un breve «Epílogo para japoneses», insertado en su última obra.

Dicho «Epílogo» plantea en un principio al lector la duda sobre la actitud básica del autor hacia las connotaciones puramente materiales del problema: «Hay que preparar los espíritus para el encuentro con los límites.» «...una escuela será

humana no por un violento establecimiento de los límites, sino por una rigurosa y humilde comprobación de ellos».

Hay en ello *una actitud* nueva respecto de las otras obras a que aludimos, en las cuales:

- o bien se confía ciegamente en nuevas e incesantes conquistas materiales o de la mente, que posibilitarían un progreso continuo, aunque de naturaleza y ritmo diferentes a los experimentados hasta el momento,
- o bien se produce una actitud derrotista que señala la certeza de unos límites materiales, sin ofrecer soluciones.

Y es aquí, en relación con este reconocimiento de los límites y el propósito de preparar al hombre a una especie de resignación ante el fenómeno, donde, en principio, podría pensarse que el autor se inscribe en una determinada corriente (el Séneca que predica la resignación esterilizante frente al Bacon emprendedor de la tecnología que hace caminar al mundo, tal como se expone por algunos autores anglosajones).

Claro que, naturalmente, ello no puede encorsetar a un pensador cristiano. El

autor no se queda en esta actitud, sino que la trasciende, situando a la conquista técnica, finalmente, en su verdadera dimensión respecto al hombre: «Sería indigno de quien cree que el hombre es imagen de Dios y que tiene una dimensión espiritual el sospechar y mirar con malos ojos esas creaciones de la inteligencia humana, y por ello intentar frenarlas y condenarlas. Sin embargo, sería ingenuo no sospechar las posibilidades negativas y destructoras que todas esas posibilidades albergan.»

Es decir, técnica, progreso, sí, pero no ingenuamente discriminado. Un progreso que guarde equilibrio entre «el hombre tecnocrático y el hombre romántico», «entre la tecnología inmisericorde y el primitivismo ingenuo».

Por otra parte, no podemos destacar con la atención que merecen todos los temas sugerentes que se entrecruzan en el «Epílogo», bastantes de los cuales necesitarían atención detenida. Por ello hemos de decidirnos por los dos que más relación guardan con las afirmaciones que se contienen en el tipo de obras que comentábamos al principio de esta reseña: *La actitud del hombre* (y de quien tiene la responsabilidad de formarle, *el educador*),

- A) *ante el problema de los límites del crecimiento económico*, con sus gravísimas consecuencias sociales,
- B) *frente a la informatización de la sociedad*, devenir, al parecer, inexorable y panacea a los males anteriores para algunos autores.

\* \* \* \*

Respecto al primer punto, el autor se hace eco de la idea, que flota ya en muchos ambientes, de hacer un alto en el camino para consolidar aquella parte del progreso que merezca la pena y desprenderse del lastre que pudiera conducirnos a la catástrofe: «Hemos llegado a un estado de la conciencia mundial en que los hombres han detenido el paso de una marcha... (cuya) meta era el progreso total e incesante;»

Hay una constatación evidente: «No es posible ya medir el progreso exclusivamente en términos de tecnología o de nivel

material de vida..., nos estamos moviendo hacia una noción de progreso mucho más amplia.»

Las soluciones que muchos autores proponen no son posibles, porque olvidan actitudes éticas que se implican en ellas, y es así que «las cuestiones morales no se pueden resolver sólo ni primordialmente desde la ciencia ni, menos, desde el poder». «Una generación que espera de los científicos las respuestas humanas en el orden moral o religioso es una generación que ha capitulado de lo más glorioso y noble que posee.»

Más aún: «¿No necesita también esa Tercela ola' un alma y proponer fines y establecer primacías, elevando a explicitud un proyecto moral que fije límites y metas a la economía y política mundiales?»

La solución considera el autor que reside en una revolución moral: «Aparece manifiesta la necesidad de una revolución moral como condición que posibilite una reforma económica y política. Sin aquel cambio profundo en las conciencias, este cambio, que supone un recorte de posibilidades y unos límites al propio despliegue, nunca serán posibles.»

\* \* \*

Respecto al segundo de los puntos que señalábamos, el de *la informatización de la sociedad*, con su secuela de pérdida de la identidad de los individuos y de los pueblos, a través de la unificación cultural (la «aldea global» macluhaniana), el autor se pregunta: «¿Entramos en la era del hombre masa, programado por el hombre élite?» «¿Nacerán las nuevas generaciones programadas al dictado?» «¿Será posible, en adelante, ser persona en medio de la masa?»

Y, a nivel de sociedad, «la unidad tecnológica va a provocar la unidad cultural, y a la unidad de civilización va a seguir la unidad de conciencia. Y aquí surge el problema: ¿Es posible una civilización nueva y unificada sin un alma nueva y unificadora?»

«¿Cuál va a ser la reacción del espíritu humano en esta nueva fase?»

Porque «una vez que la civilización técnica ha unificado al mundo y la información ha comenzado a acercar y a unificar

las conciencias de todo el mundo, estamos todos abocados a un único y común peligro: ser saturados de productos y noticias y carecer de realidades y de comunicación...»,

\* \* \*

Este es, para el autor, el gran reto de la historia. Y, al tiempo que se lo plantea, vuelve a tomar el tema anterior de los límites del crecimiento, haciendo del problema, puesto que es global, uno: «No es tanto la carencia de materias primas lo que amenaza a la humanidad cuanto la pérdida del gozo de existir..., y la

primera tarea consiste, por consiguiente, en cualificar a cada uno para que descubra en que dejará de tener alma y rostro.»

De todo ello surge, más como planteamiento previo y fundamental que como consecuencia, la pregunta que, por otra parte, justifica la inserción de este «Epílogo» en un *Memorial para un educador*: ¿Cuál es la función histórica de la escuela y la misión del educador en todo esto? Proporcionar al hombre una formación «personalizadora, identificadora, crítica, científica y política». Más aún: «Sólo si se descubre al hombre su carácter personal y su dimensión sagrada... (la escuela) está a la altura de su misión.»

## VALORACIÓN ÉTICA DEL SISTEMA ECONÓMICO SOCIALISTA

JOSÉ M.<sup>a</sup> MARTÍN PATINO

**Enrique M. Ureña, SJ: *El mito del cristianismo socialista*. Madrid, Unión Editorial, 1981.**

La relación cristianismo-marxismo ha pasado ya por diversas etapas. Desde la condena total al comunismo de Pío XI hasta el deshielo que supuso en la Iglesia católica el Concilio Vaticano II. Juan XXIII, en la *Pacem in Terris*, dice que «no se pueden identificar falsas teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre con movimientos históricos fundados en una finalidad económica, social, cultural o política, aunque estos últimos deban su origen o se inspiren todavía en esas teorías... Por lo demás, en la medida en que esos movimientos van de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a las justas aspiraciones de la persona humana, ¿quién rehusaría reconocer en ellos elementos positivos y dignos de aprobación?» (núm. 55). Sobre este mismo texto pontificio vuelve cautelosamente Pablo VI en la *Octogesima Adveniens* para advertir que, entre los diversos aspectos o niveles que ofrece el marxismo histórico, «sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el lazo íntimo

que los une radicalmente, el aceptar los elementos de análisis marxistas sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce ese proceso» (núm. 34).

Estos dos documentos, ya clásicos en el diálogo de cristianos y marxistas, abren la puerta a la colaboración en el campo ético de la acción política. De hecho se ha pasado de la pura confrontación ideológica, claramente irreconciliable, entre el materialismo histórico y la visión trascendente cristiana del hombre a la valoración moral de la organización social y económica característica del socialismo no dogmático. La encíclica *Laborem Exercens* de Juan Pablo II se sitúa más claramente en esa deseable desconfesionalización de los sistemas económicos. Según el papa actual, el cristianismo es compatible con cualquier sistema económico siempre que se respeten los derechos y libertades fundamentales de la persona humana, entre los que

se cuenta también el derecho a vivir públicamente la fe. Los papas anteriores, al condenar el marxismo y el comunismo, reprobaban de hecho una doctrina abiertamente atea y un comunismo históricamente concreto, sin entrar en análisis estrictamente económicos.

Ahora bien: otra cosa muy distinta es hablar de un «cristianismo socialista». El sustantivo, en dicha expresión, se clasifica en una especie propia hipotéticamente distinta de otra que podría ser el «cristianismo capitalista». Estaríamos, pues, ante dos formas esencialmente diferentes de interpretar el evangelio de Jesús. Y los cristianos se encontrarían divididos, víctimas de ese proceso malsano que ideologiza su fe. Se trata, entonces, de huir de las falsas legitimaciones religiosas a que se sienten tan aficionados los hombres de la política. El padre Enrique M. Ureña, SJ, cuyos estudios universitarios le han convertido en uno de los más profundos conocedores de los sistemas económicos, y especialmente del marxista, nos ofrece este estudio sintético y diáfano, en el que somete a un careo implacable a los dos grandes sistemas económico-políticos que dividen al mundo dentro de un horizonte estrictamente ético y realista. Para ello abandona el camino trillado de partir de unas determinadas creencias religiosas o de una determinada concepción metafísica de lo que el hombre es o debe ser. Aparte de la falta de unanimidad entre los hombres e incluso entre los cristianos acerca de lo que es o no es moralmente correcto, ese primer camino corre el riesgo «de aplicar desde fuera, y sin las necesarias mediaciones, conceptos morales generales a categorías que sólo adquieren su verdadero significado dentro de determinados análisis del funcionamiento global de sistemas económicos enteros, y a las que no pueden, por tanto, imputarse valoraciones éticas de una manera externa y directa».

El padre Ureña descubre los criterios de ese enjuiciamiento moral dentro de la misma economía, a partir de la misma. «La actividad económica del hombre —dice— no es algo puramente accidental y anecdótico en su naturaleza humana, sino algo que le especifica y le diferencia esencialmente de los animales, algo que entra en

la misma definición del hombre como ser contradistinto de estos últimos.» David Ricardo criticaba a T. R. Malthus porque, discutiendo si ciertas medidas abaratarían el precio del trigo, las desaconsejaba a renglón seguido por los efectos morales que se seguirían sobre el pueblo. Se ha discutido si el economista, en cuanto tal, debe incluir en su discurso profesional recomendaciones morales o humanistas. La *economía positiva* se encuentra no pocas veces enfrentada a la *economía normativa*. La primera explica *lo que es*, mientras la segunda se preocupa por *lo que debe ser*. Una cosa es explicar los mecanismos de funcionamiento de una determinada realidad económica y otra las proposiciones encaminadas a recomendar la consecución de determinados objetivos o los efectos de ciertas decisiones de política económica moral o humanamente preferibles a otras alternativas. Las divergencias entre los economistas o la diversa valoración de una concreta situación económica surge de hecho tanto respecto a los efectos previsibles estrictamente económicos (economía positiva) como en la apreciación moral de los mismos (economía normativa). Esta segunda valoración se apoya sobre la primera, pero inciden en ella otros elementos que, de una manera general, podemos definir como humanistas.

Para zanjar este pleito antiguo entre el capitalismo y el socialismo necesitamos un código de referencia común. Hay que dar con una critereología reconocida por la ciencia económica y aceptada por ambos bandos contendientes. El autor de este libro parte del mismo concepto de progreso del hombre y de la sociedad, que, en definitiva, es el fin de toda actividad económica. No basta producir más. Es necesario además distribuir equitativamente los frutos y las cargas de esa producción. De ahí que haya que tenerse en cuenta siempre la doble dimensión del progreso que libera al hombre de las ataduras de la ignorancia científico-técnica y de aquellas otras ataduras, no menos esclavizantes de su brutalidad moral, psicológica y política. La actividad económica, por un lado, mira hacia fuera, hacia la naturaleza externa, para transformarla y dominarla, y, por otro, hacia dentro, hacia los miembros individuales y hacia los grupos, para hacerlos

responsables tanto de los frutos del trabajo social como de las cargas que conllevan. En este sentido, el hallazgo del padre Ureña consiste en proponer como premisa mayor del silogismo la siguiente proposición: «*Es éticamente superior aquel sistema económico que contribuya más al progreso humano en su doble dimensión técnica y política.*» Admitida ésta, toda la cuestión se limita a demostrar cuál de los dos sistemas ofrece mayores garantías para ese tipo de progreso integral. Por otra parte, se reconduce el problema al interior de las mismas ciencias económicas y políticas, descentralizándolo de la obsesión de las utopías. Pero, ¿es posible este careo objetivo de los dos sistemas en cada uno de sus planos paralelos?

En los capítulos III y IV, Ureña expone con rigor científico y pedagogía brillante la «Economía capitalista» y la «Economía socialista», analizando todos y cada uno de sus elementos, así como el mecanismo o funcionamiento del conjunto. De ahí pasa al capítulo V, en el que se enfrenta de lleno con la «Comparación crítica entre capitalismo y socialismo». Todas las comparaciones son difíciles. Incluso odiosas cuando en ellas se comete injusticia. Suele ser frecuente comparar entre sí elementos heterogéneos. En el caso que nos ocupa, Ureña denuncia, con razón, el falso planteamiento de enfrentar las características estructurales específicas del capitalismo y del socialismo tal como aparecen definidas en la obra de Marx. Se ponen frente a frente una descripción crítica del capitalismo y una descripción utópica del socialismo. Al primero se le juzga en el plano de la realidad estructural y al segundo en el de sus intenciones igualitarias. Se compone así una fotografía de negro sobre blanco al contrastar la «propiedad privada» con la «propiedad social» de los medios de producción, el mecanismo de un mercado libre y competitivo con una planificación de la producción pretendidamente controlada por la sociedad y la búsqueda del beneficio privado con la búsqueda del bien general de la sociedad. Los grandes ideales humanos de la libertad y de la justicia, de la conciliación y de la cooperación social, en virtud de ese procedimiento, se inscriben en la columna del socialismo, condenando al capitalismo a

las tinieblas exteriores del egoísmo del beneficio privado y de la explotación del hombre.

«La economía capitalista de mercado libre y competitivo, en lo que a su *ideal utópico* se refiere, apunta también hacia el bienestar general de la sociedad y de todos los miembros que la integran.» Ambos sistemas pueden ser propuestos por sus defensores como generadores del bien general de la sociedad en su conjunto y de todos los miembros que la componen. Pero hay que descender al plano de la realidad y preguntar a *cuál* bien de la sociedad conduce la organización económico-capitalista y a *cuál* bien de la sociedad conduce un sistema socialista planificado, *quién* efectúa la planificación y *quién* garantiza las reglas de juego del mercado libre y competitivo. El autor llega así a proponer un esquema de contraste a doble columna que él llama «realista», despojado de todos los elementos utópicos. Por este método se llega a descubrir las implicaciones sociopolíticas y éticas de los modelos puros: la explotación capitalista y la opresión socialista. En el plano operativo son estas dos las acusaciones que han de medirse y comprobar no en el contexto de la sociedad burguesa de la primera revolución industrial que conoció Carlos Marx, sino en el de nuestras sociedades altamente industrializadas, sean éstas capitalistas o socialistas. Los principios leninistas fundamentales en la dirección de una economía socialista de planificación centralizada aún vigentes quedan al descubierto: tales son, entre otros, el principio de la unidad del poder político y económico en el gobierno de la sociedad, el principio del centralismo democrático y el principio de la dirección monárquica y verticalmente jerárquica de la economía. Tanto los abogados del capitalismo como los abogados del socialismo pretenden justificar *históricamente* la explotación y la opresión de determinadas generaciones de hombres y mujeres como el precio necesario a pagar por una industrialización a su vez necesaria precisamente para eliminar en el futuro y para siempre esa explotación y esa opresión. Otro tipo de justificación, común a ambos sistemas, es el conocido dicho del pastel: antes de poder repartir fraternal y más equitativa-

mente la tarta del bienestar es necesario que sea suficientemente grande. Para capitalistas y socialistas, el período de la industrialización es por su propia naturaleza históricamente *transitorio*. Uno y otro trasladan así el juicio definitivo a la era pos-industrial que comienza a vivirse en la actualidad.

El contexto objetivo social, político y económico del capitalismo desarrollado se ha hecho mucho más complejo. La creciente intervención estatal en la esfera económica y social, la elevación de la capacidad de consumo de la clase asalariada, junto con el enorme consumismo de las nuevas clases intermedias de los sectores terciario y cuaternario, el robustecimiento de los sindicatos, etc., desbordan ya y hacen inservibles los planteamientos de la crítica marxista.

En el socialismo desarrollado se reconoce explícitamente la necesidad de reformar el modelo de planificación y dirección de la economía seguido durante el período de la industrialización acelerada. Multitud de textos soviéticos reconocen que hay que conseguir una mayor racionalización y eficacia en los métodos y técnicas de planificación, que hay que impulsar el frenado desarrollo científico y tecnológico, que hay que elevar la productividad estancada a bajo nivel, que se debe fortalecer, por medio de incentivos materiales cuidadosamente estructurados, la deficiente unidad entre los intereses individuales (de las empresas y las personas) y los intereses sociales generales. De los dos intentos de descentralización realizados en los países del Este, puede decirse que sólo el húngaro introduce reformas serias en el sistema socialista, obteniendo mejoras notables. Pero esta reforma supone un acercamiento a determinados mecanismos típicos de una economía de mercado, sin poder, por otra parte, acercarse demasiado a ellos.

Aplicando, pues, los dos grandes criterios de productividad y liberalización política a los dos sistemas socioeconómicos, llega el autor a una serie de conclusiones en las páginas 190-192 que desautorizan las clásicas tesis marxistas. No es demostrable la superioridad histórica del socialismo sobre el capitalismo. Las graves injusticias e irracionalidades de las actuales

sociedades capitalistas no son un producto necesario e inherente a la forma económica de mercado. «En los actuales países capitalistas no subdesarrollados (entre los que se encuentra España), la alternativa de una sociedad socialista es, dentro del futuro previsible, éticamente desaconsejable frente al intento de una mejora paulatina de la economía de mercado, orientada por los objetivos humanistas.» El padre Ureña entiende que estas conclusiones en modo alguno pueden entenderse como «glorificadoras del capitalismo actual o del capitalismo en sí». No pueden, por tanto, utilizarse para cegar los ojos al hiriente grado de inhumanismo que afecta a la sociedad capitalista actual ni a la necesidad de un profundo cambio.

Resta, pues, tan sólo llegar a responder a la pregunta que se planteaba en las primeras páginas del libro: «No hay razones objetivas para que un cristiano ilustrado y comprometido tuviera que sentirse obligado, en virtud de las exigencias ético-políticas de su fe, a optar por la implantación de un socialismo.» Por otra parte, «no se pueden traer directamente argumentos estrictamente teológicos para declarar incompatible con la fe cristiana toda posible forma de organización socialista-marxista de la economía; lo único que puede hacerse es declarar incompatible con el espíritu cristiano determinadas conculcaciones de derechos y libertades fundamentales de la persona humana incorporadas en regímenes socialistas concretos».

«Desde un punto de vista directa y estrictamente teológico, no hay inconveniente en que un cristiano opte por una organización socialista-marxista de la economía si cree honestamente, en una determinada situación histórica, que ello va a contribuir a un progreso humanizador y cristiano; pero el estudio realizado en este libro ha llegado a la conclusión de que actualmente es objetivamente preferible el intento de mejorar la economía de mercado libre que el intento de una alternativa socialista.» «Dicho de una manera simple y vulgar... un cristiano universal que optara por una organización socialista planificada no cometería por ello un pecado *teológico* contra su fe, pero sí cometería, en mi opinión, un pecado *económico o sociopolítico*.»

## EL COMENTARIO DEL «GUERNICA» DE PICASSO

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

**Frank D. Russell: *El comentario del «Guernica» de Picasso. Madrid, Editora Nacional, 1981.***

Hace unas semanas, la más famosa y comentada pintura de nuestro tiempo, el controvertido lienzo del *Guernica* por Picasso, ha sido instalado en Madrid, después de cuarenta y cuatro años de pintado, en el local del Gasón del Buen Retiro, ya dependencia del Museo del Prado. Años también por parte de España de perseguir que la voluntad de Picasso se cumpliera después de interminables y exasperantes incidentes, retrasos, obstáculos, dilaciones que quedan puntualmente narradas en el interesantísimo libro de Rafael Fernández Quintanilla *La odisea del «Guernica»*, publicado en estos últimos meses por la Editorial Planeta. La llegada del *Guernica* a Madrid, símbolo de cancelación de los sectarismos despertados por la guerra civil, obsesión que los españoles debemos ir apartando —aunque nos cueste— de nuestras preocupaciones, como un fantasma agorero y maligno, la instalación entre nosotros, digo, de ese cuadro-símbolo merecía ser consignada en las páginas de *Cuenta y Razón*, porque debe darse aquí cuenta y razón de las cosas trascendentales que pasan en esta España, que parece ir dando pasos titubeantes e inseguros, a veces en el camino de una nueva época, huyendo de los trasgos que aún parecen perseguirnos.

Nada mejor que dar cuenta serenamente en estas páginas dedicadas a reseña de libros de la traducción del volumen que, dedicado al *Guernica* de Picasso, ha publicado la Editora Nacional. Su autor, el profesor americano Frank D. Russell, editó su libro en 1980, por lo que aún constituye una novedad, una adición a la serie de libros que al lienzo de Picasso se dedicaron desde Juan Larrea (1947), Arnheim (1962), Anthony Blunt (1969) y tantos otros después. Una adición que deja de lado toda polémica de suceso histórico para estudiar la obra de arte *per se*, aunque ello no guste a los que siguen queriendo hacer del *Guernica* podio de soflamas políticas.

El lienzo se pintó por Picasso en 1937, para ser expuesto en el Pabellón de España de la Exposición Internacional de París, en el que ocupaba un muro de la planta baja. Mide 7,82 X 3,50 metros. Se había pensado, al planear la intervención de España en dicha Exposición, que un gran mural fuera confiado a un pintor español. José María Ucelay, mi amigo, que tantas veces me habló de estos hechos, en los que intervino personalmente, pensó en proponer el nombre de Aurelio Arteta, el buen pintor vasco, tan dado a los temas murales, para el encargo. Pero Arteta estaba en Biarritz; deseaba huir de la guerra y de Europa, y poco después se embarcó para México, donde había de morir atropellado por un tranvía. Se pensó en Picasso, a quien se le propuso la idea, que aceptó. Se proyectaba un fresco y se llamó a Luis Quintanilla —también amigo mío—, porque tenía experiencia en el procedimiento, para que asesorase o ayudase a Picasso, pero Picasso desistió porque no sabía nada de pintar al fresco y temía abordar un campo desconocido. Picasso, además, rumió el encargo, porque no se decidía a tomar un camino. ¿Qué pintar allí? Pasaron los meses del invierno, llegó la primavera, y el 22 de abril de 1937 surge el hecho luctuoso del bombardeo de Guernica. Picasso compraba, frescos de tinta aún, los periódicos de París de aquellos días, que publicaban informaciones, fotografías de las ruinas del pueblo incendiado. Se decidió. Pintaría un cuadro inspirado en aquello. Y el 1 de mayo comienza a hacer sobre papel azulóse, con lápiz, sus primeros borroneos. Sus primeras ideas van pasando a los papeles azulosos en serie que el madrileño puede hoy contemplar en el Gasón del Buen Retiro, porque Picasso quiso que aquellos apuntes que iban ideando el cuadro acompañasen siempre el destino y paradero de la pintura. Así, va haciendo camino en la mente de Picasso la idea de este cuadro, de cuya ejecución tenemos hoy muchos detalles

y una completa información fotográfica gracias a los clichés tomados en el taller, siguiendo los pasos de la ejecución, por su amiga Dora Maar. El cuadro lo ejecutó en el sobrado del caserón-palacio de la Rué Desgrands Augustins, núm. 11, edificado por el gran arquitecto Mansar, palacio comprado para España por el Gobierno de Negrín en un millón de francos y luego rescatado para el patrimonio histórico francés en tiempos de Malraux.

Allí lo pintó Picasso tal como lo vemos en el Gasón del Buen Retiro. Su explicación es ardua; se ha intentado desde muchos puntos de vista. El de Russell es el de un crítico historiador que da su valor a las circunstancias en que hubo de pintarse, pero desentendido de pasiones emotivas que no tiene por qué sentir. Porque es evidente que el libro de Larrea es una obra de poeta caldeado por una mística republicana a que las circunstancias le inclinaban, con sus derivaciones a una compleja construcción casi filosófica trascendental que no puede ser el punto de vista normal de otros contempladores. Todo el que vea la pintura intentará explicarse en síntesis lo que ve en el cuadro. Russell comienza diciendo que el lienzo del *Guernica* es simplemente un «símbolo de la insania de las guerras modernas». Que hay simbolismo es evidente, y ello estuvo en las intenciones del pintor. En 1945, Picasso contestaba a unas preguntas que acerca de su creación le formulaba Kahnweiler: «El mural del *Guernica* es simbólico... alegórico. Por eso he utilizado el caballo, el toro y lo demás. El mural es para la expresión y solución de un problema, y por eso utilicé el simbolismo.»

Pero este simbolismo no debe interpretarse de manera simplista, asignando el papel de buenos o malos a los elementos que Picasso emplea en la composición. Picasso, para expresar la tragedia de la que hace un *desastre de la guerra*, toma elementos de un tema que tantas veces utilizó en su vida: la corrida de toros, personifica bien destacados el caballo y el toro; lo que contiene el cuadro son motivos que significan sacrificio, muerte, víctimas, crueldad, lucha, protesta y grito. Sobre todo este nocturno con sol, como alguien ha dicho, una luz que es denuncia y esperanza. Picasso no podía escapar a su

propio estilo, en el que mezcla, como tantas veces, a la distorsión de las formas de origen cubista elementos de origen clásico. En la propia obra anterior de Picasso, Russell halla, como hallaron otros, antecedentes en la propia obra del pintor, motivos de una crucifixión que estaba en la idea de Picasso desde su juventud, cuya más aberrante versión es la de 1930, en el lienzo que hoy se conserva en el Museo Picasso de París y en el que se ha querido ver una paráfrasis cubista de Grünewald. Hay rasgos de sus innumerables corridas y minotauros, pero es precedente imprescindible el magnífico aguafuerte de 1935, aquella *Minotauromaquia* que contiene puntualmente buena parte de lo que está contenido en el *Guernica*. Es inevitable también establecer una relación directa con las *aleluyas* —llamémoslas así— del «Sueño y mentira de Franco», en las que vemos el caballo sacrificado, el toro, la madre de rodillas, etc.

En el centro del cuadro atrae la vista la lanzada, la herida en el costado del caballo, lo que lleva a decir a Russell que Picasso está dando vueltas a detalles que intervienen en la pasión de Cristo: la lanza, la escalera —que aparece en alguno de los bocetos—; el dolor y la denuncia están expresados en la mujer con los brazos en alto, que le llevaba a Malraux a recordar los *Fusilamientos* de Goya; el guerrero caído con la cabeza cortada, del que ya Larrea mostró su parecido con una figura del Beato de S. Sever del siglo xi, es el matador vencido, pero junto a su mano, que empuña su espada rota, brota una flor humilde que es símbolo de esperanza. Las mujeres que arden son víctimas, como la que lleva el niño en brazos; la que cae de rodillas con sus ojos abiertos es un testigo vivo del desastre que contempla. El enigma mayor está en el toro: ¿está en el asunto? ¿Se retira después de haber contribuido al desastre?... Sus ojos estrábicos pueden expresar desconfianza, desconcierto; ahí reside una de las mayores ambigüedades del cuadro, ambigüedad que se aumenta si comparamos al toro pintado con los dibujos preparatorios, donde se nos muestra fiero y sereno, exasperado, enfurecido o humanizado, incluso deificado, como lo está en el dibujo del 11 de mayo. Estas mismas interpretacio-

nes diversas o ambiguas se habían mostrado en los tratamientos tan variados que dio anteriormente Picasso a la figura del minotauro, que en sus dibujos o grabados aparece unas veces sensual, enamorado, otras veces feroz, incluso compasivamente disminuido, ciego.

Simplistamente, se había dicho algunas veces que el toro representaba al fascismo; Picasso lo desmintió: el toro no simbolizaba el fascismo, sino «brutalidad y oscuridad», como recuerda Tussell. La alusión local a Guernica es mínima; hay unas casas que arden en un pueblo, casas tan faltas de escala con las figuras humanas que nos recuerdan lo que Panofsky llamaba *casas de muñecas* al hablar de las arquitecturas de muchos cuadros primitivos.

Uno de los puntos a que dedica más importancia Russell es a la composición. Ya fue estudiada en sus líneas generales por Arnheim en su libro de 1962 (traducido al español en 1976), que ponía su atención en el contraste de elementos verticales y horizontales. Russell pone el énfasis en el hecho de que toda la composición tiene una estructura de tríptico, distinguiéndose netamente el tema central apaisado de las alas o *voléis* laterales. El grupo central tiene la forma de pirámide de base ancha —la pirámide que obsesionaba a los clásicos—; a modo de frontón de un templo griego, la parte superior del triángulo, en la que aparece la mujer de perfiles clásicos que extiende su brazo para sostener la candela que ilumine el horror y sobre todo el sol, de forma ovalada, con su bombilla interior que alumbra toda la escena y también puede interpretarse como la luz que da testimonio de la catástrofe y que aún puede mantener la esperanza. Considerada en conjunto la composición, vemos que toda ella nos puede ofrecer el esquema de una catedral gótica; el frontón del centro podría ser como un arco apuntado que da luz a la nave principal, y las alas laterales podrían simbolizar las torres.

La mayor parte del libro de Russell está destinada al examen pormenorizado de los apuntes o estudios previos a la ejecución del lienzo; su valor principal está en darnos un documento excepcional de la preparación de una obra de arte como

pocas obras en la historia pueden poseer. Los estudios están cuidadosamente fechados del 1 de mayo al 4 de junio y son en número de cuarenta y cinco. Russell los analiza siguiendo los meandros de la idea de Picasso, elaboración en la que sin duda Picasso emplea toda su experiencia y en la que inyecta el contenido mental de su voluntad creativa; en ella intervienen —quién lo duda— elementos subconscientes que van introduciéndose en la transformación de su idea. Es también interesante seguir esta elaboración de la obra en los estados por que la pintura fue pasando; estos estados palabra que podemos emplear con el mismo sentido con que damos a los *estados* por que pasa un aguafuerte, por ejemplo, en el trabajo de un grabador— fueron ocho, y de ellos tenemos, como hemos dicho, el testimonio inapreciable que representan las fotografías de Dora Maar. El análisis de estos estados o estadios es muy puntual y preciso en el estudio de Russell; el estado primero es muy lineal, como corresponde a una primera etapa en la elaboración; la figura del guerrero es muy grande y alcanza importancia en el brazo vertical, que domina la composición como un brazo de crucificado; el toro, de perfil, tiene su cabeza hacia la izquierda. En el segundo, el sol tiene aspecto de flor, y el guerrero, con su brazo erguido, tiene en su puño unas hojas y espigas que son el elemento de unión con la tierra y una esperanza que representa en la composición definitiva el brote de flor humilde junto a la mano del guerrero. En el tercer estado es de notar la expresión de feroz dolor de la cabeza del caballo, abatida y no erguida como en la composición final; a la izquierda aparece un cuarto de luna menguante. Russell asocia este detalle al recuerdo de las crucifixiones medievales, que incluían sol y luna a ambos lados de la cruz. El brazo del guerrero se ha abatido ya sobre el suelo. En el estado cuarto, el menguante de la luna se ha transformado en el rabo del toro. El animal ha girado ya su cuerpo respecto a la manera que aparecía en el estado primero; sobre el lomo del toro, un ave que vuela. En el estado quinto se define ya el cuerpo y el gesto de la mujer envuelta en llamas y aparece la oreja de la portalámpara. En el séptimo esta-

do, la *cabeza* del guerrero está decapitada, su posición es hacia arriba definitivamente, en decúbito supino; se define la cuarta pata del caballo y la mesa del centro de la composición. El pájaro toma su posición final y hace su aparición la bombilla. En el estado octavo final aparecen sobre todo retoques en la posición del toro.

Picasso, que ha negado que el toro sea un símbolo del fascismo, dijo expresamente que el caballo representaba al pueblo y él era el protagonista del cuadro, la víctima colectiva. Llama la atención en la composición los contrastes de luces, sombras y formas. El dolor y la protesta está representado por las bocas en actitud de gritar, las lenguas aceradas como puntas de daga, los brazos alzados. Como en otros cuadros de Picasso, sorprende la escueta descripción lineal de las cabezas, los ojos estrábicos... Vista en su claroscuro impresionante, la composición parece sintetizarse en un grito ululante que nos aturde por la violencia y el timbre agudísimo de su alarido. «De un extremo a otro del cuadro, el mural nos hace signos de compasión y de terror, pero también, con la misma intensidad, signos de sabiduría, de resolución y de autoridad.» La pintura

de Picasso trasciende los acontecimientos históricos, y el tiempo cobra un valor absoluto para hablar de la paz y de la guerra. Queda evidente su ambigüedad dentro de su elocuencia, su valor enigmático. Nos preguntamos si el pintor ha sido capaz de dominar todas las dificultades de su problema; no puede negarse que el cuadro produce una gran impresión, «pero mientras lo hace su significado se nos escapa». «La sustancia del *Guernica* se descubre mediante *sucesivas profundizaciones*, ya que se trata de un *iceberg* visual.»

Si ante el *Guernica* pueden amontonarse las preguntas y las dudas que nos hacen no sentirnos seguros, «es que Picasso es el pintor de una época insegura». En el *Guernica* no existen imágenes, nos dice Russell, de un enemigo exterior causante de toda la catástrofe, pero reconoce Russell que «Picasso ha hecho lo que podía hacerse, nos ha dado todo lo que un hombre es capaz de dar». Después de contemplar el *Guernica* y de repasar sus emociones y significados, tenemos que concluir con el profesor americano autor del libro que «el cuadro más directo del siglo sigue siendo sin duda el más intrigante».

## LOS CONSERVADORES EN ESPAÑA

RICARDO MONTORO ROMERO

**Víctor Alba: *Los conservadores en España*. Barcelona, Editorial Planeta, 1981; 418 págs.**

Estamos ante un libro que no quiere hacer historia del reciente pasado de España. No quiere hacer historia en el sentido académico más riguroso. Un libro que, sin tener aquellas pretensiones, se convierte en algo más que un trabajado ensayo sobre una importantísima faceta de la España contemporánea: el pensamiento conservador. Un inteligente ejercicio de reflexión y ordenamiento de personajes, sucesos e ideologías en torno al eje del conservadurismo hispano. Alba no pretende hacer historia, al menos en sen-

tido estricto; antes bien, darla por hecha y reflexionar al paso. Y lo cierto es que consigue su propósito.

El autor quiere estudiar esto del conservadurismo acotando el marco temporal: el siglo xrx 3; lo que va del xx. En ese margen, Víctor Alba quiere exponer cómo se va desarrollando, bajo qué formas, personas y movimientos varios, el conservadurismo. Pero ¿qué es «ser conservador»? A esta pregunta, el mismo autor responde diciendo: «El conservador no es un reaccionario ni un fascista, aun-

que sea autoritario; en las sociedades industriales tiende a ser demócrata.» Dificil definición, como puede apreciarse. Dificil y con una extensa bibliografía detrás de lo que en términos de sociólogos y políticos se ha denominado «la mentalidad conservadora». Alba, con el fin de centrar esa definición, dedica la primera parte del libro a repasar los posibles rasgos generales que caracterizan al conservadurismo político: pesimismo, pragmatismo, desgan en la militancia, etc. Consigue con ello no elaborar una complicada explicación científica del conservadurismo; pero, al menos, pone en suerte el asunto de cara a los propósitos que le mueven. Y se enfrenta directamente con el eje conservadurismo-regeneracionismo que recorrerá toda la obra, y alrededor del cual se van situando los elementos que la componen.

Utilizando a distintas personalidades históricas, Alba confecciona su libro. Esas personalidades consideradas como representativas son: Balmes, Donoso, Vázquez de Mella, Cánovas, Maura, Cambó, el general Primo de Rivera, Azafia y, ya en el régimen de Franco, lo que denomina los «desarrollistas», esos políticos que no pueden hacer «política» en un régimen sin ideología definida. Como puede verse, es ésta una lista —quizá como todas las listas— en la que siempre falta alguien. Pero tampoco el autor pretende ser exhaustivo; tan sólo, significativo. Especialmente, y aquí puede estar la importancia del libro, significativo en el análisis y descripción de ese regeneracionismo-conservadurismo español, un tema apasionante que merece, en los tiempos que corren, una especial atención. Como el mismo autor señala, y desde una posición auto-

reconocida de anticonservadurismo, el sistema democrático actualmente vigente necesita para conseguir su estabilidad de un partido conservador con la suficiente coherencia política. Conservador en línea con lo que Alba ofrece en su estudio. Una plataforma para la elaboración de lo que, en opinión del autor, ha faltado sempiternamente en el conservadurismo español, precisamente porque es una de las características del mismo: una «teoría conservadora coherente». Y con esa teoría en la mano, señalar los necesarios límites con la derecha o con el inmovilismo. Bien puede ser ése el objetivo último de Alba: señalar la importancia, la necesidad de una teoría del conservadurismo que permita explicar los movimientos políticos conservadores. Explicarlos desde afuera; pero, y sobre todo, desde adentro. Es casi una oferta la que realiza el autor. Una oferta política e intelectual, curiosamente desde una posición política no conservadora. Una oferta, pues, con un doble valor.

Quizá el mayor problema con el que se topa este libro sea precisamente precisar esos límites. ¿Hasta dónde el conservadurismo? ¿Cómo poder hablar de una «derecha» y de un «conservadurismo» como cosas «diferentes»? Víctor Alba ofrece instrumentos ciertamente interesantes que pueden resolver esas y otras cuestiones. De cualquier forma, es éste un interesante trabajo, alejado de fórmulas demagógicas pro o anticonservadurismo y recurriendo inteligentemente al análisis ideológico y de contenido. Con un tema en la mano que no interesa exclusivamente a algunos partidos, sino que interesa a una situación histórica como la presente, y a todos los implicados en ella.